

Los sobrevivientes

PATRICIA NIETO

Desde las laderas de las montañas que circundan a Medellín, las mujeres de la familia Oliveros recuerdan su dura historia en los campos del Urabá antioqueño. Como tantos otros desplazados por la violencia, allí dejaron todo lo que tenían... y además sus muertos.

Una nube de polvo levantada por el viento del medio día envuelve la casa de las Oliveros. Pese al calor de estas mañanas septembrinas lloverá irremediablemente en las colinas agrestes y en algunos rincones del Valle del Aburrá. El agua fijará como pantano el polvo que ahora se levanta y por eso los caminos serán cloacas rebosadas. Las Oliveros, que conocen desde niñas las señales de los vientos, se preparan para evitar los estragos de la tempestad: encierran los pollos en un corral techado, amarran la perra cazadora al portillo, aseguran el techo de zinc con las piedras que sirven de base al fogón, recogen la ropa húmeda de los tendedores, y se sientan a mirar cómo las nubes negras se acercan por el occidente.

Sentadas en el banco de madera y con los pies posados sobre la tierra desnuda, parecen gemelas unidas por la sangre y la tragedia. Elena nació siete años antes que Encarnación, en las resacas montañas de Peque, un pueblo miserable por donde corrió la sangre de los viejos liberales. A los setenta años conserva el cuerpo delgado y alto que sintió crecer en su vereda natal, y uno de los zarcillos de oro que estrenó el día de su boda. Lo demás es un vestido azul cielo que le tapa las rodillas y un manojo de cabello blanco que cuelga trenzado por la espalda. Encarnación es, por el contrario, pequeña. El traje rojo y ancho que se agita con el viento a la altura de las rodillas aumenta su volumen. Como su madre, a los sesenta y tres años no sabe lo que es una cana porque se baña con hierbas

los domingos, y todas las noches, mientras mastica el Rosario, desliza cien veces el cepillo desde la coronilla hasta las puntas del cabello que llegan casi a la cintura. Mientras la lluvia se acerca, hablan, y mientras hablan, lloran.

Su casa de madera, protegida por un vallado en una de las laderas amarillas de Medellín, vino a convertirse con el paso de los años en abrigo para su dolor. Los débiles rayos de luz que penetran por las ranuras de las tablas dejan ver algún paisaje en la oscuridad interior: un salón amplio con piso de tierra dividido por un cancel de madera. A la derecha, las poncheras de plástico donde comen los gatos y la perra, una silla de plástico desconchado, un mesón de madera rebosado de ollas rotas, varios catres maltrechos cubiertos por sábanas rotas, y un televisor a color de sonido intermitente. A la izquierda tres colchones sobre el piso de cemento, un par de sillas blancas y una montaña de ropa donde naufragan dos gatos a la caza de un calcetín. La primera es la casa donde vive Encarnación desde hace ocho años, cuando decidió adelantar su viaje a Medellín. En la otra duerme Elena con toda su descendencia, desde hace cuatro meses, cuando el cadáver de su hijo le hizo comprender que no era tiempo de funerales, de coronas, de novenarios ni de lutos.

La tierra húmeda de la calle principal de San José de Apartadó, un caserío ya mítico por la crudeza de la guerra, quedó adherida a los labios del muchacho muerto. La madre, que no fue capaz de tocarlo cuando los vecinos lo levantaron,

recordó el pantano pegado de su boca cuando ya era imposible deshacer la tumba. Sintió tanta culpa por haber olvidado ese gesto de amor, como por haber esperado a verlo muerto para decidir partir. Durante veinte años Elena Oliveros se negó a dejar su tierra pese a que las masacres, los bombardeos y los incendios convirtieron a su paraíso en huerto de sangre.

Al comienzo de los años sesenta una gran peregrinación de aventureros, desarraigados y campesinos pobres llegó a Urabá, una tierra extensa, virgen y fértil donde ya la industria bananera daba indicios de prosperidad. La United Fruit Company, empeñada en extender sus plantaciones para abastecer el mercado mundial, demandaba trabajadores dispuestos a soportar largas jornadas bajo el sol o la lluvia. El espejismo de una región próspera atrajo a cientos de familias que en pocos años poblaron más de un millón de hectáreas beneficiadas por la confluencia de Atlántico y Pacífico. En pocos años la totalidad de las tierras planas pertenecían a ganaderos y bananeros, sólo quedaba la serranía por conquistar. Allí treparon campesinos cordobeses y antioqueños, de Peque casi todos. En la cola de esa oleada migratoria llegaron Elena Oliveros y su esposo Isaac.

Después de varios días de camino llegaron a un claro en la cabecera del Mulatos, un río sereno en verano y tenebroso en invierno. Tumbaron los árboles necesarios para dar espacio a una casa, y con la madera desgajada construyeron las paredes de su primer rancho. El derecho a levantar una casa,



pagada peso sobre peso, les daba posesión sobre toda la tierra que abarcara la mirada. Cuando estaba a punto de florecer la primera cosecha, Elena garabateó una carta. La abundancia, la felicidad y la prosperidad que transmitían las palabras de la mayor de las Oliveros se resumían en que bastaba enterrar los granos de frijol para que en pocas semanas las matas reclamaran una *envaradera*, y en que era suficiente regar sobre la tierra los granos de maíz para que en breve las plantas erguidas se llenaran de frutos. Más de ocho días tardó la carta en llegar a las manos de Encarnación, recluida en su casa del páramo en Peque.

Las descripciones de Elena contrastaban con el paisaje ruinoso que Encarnación contemplaba en Los Azules, su vereda de casada, o en Sabanas, su casa de soltera. La materna era apenas un rancho de tablas rodeado de un arado cansado donde se podía sembrar un maizal y un pequeño yucal. La de casada, era un casa montada en el filo de un páramo desde donde era posible contemplar las siembras perdidas después de una helada y los rastros de los perros de monte que durante las noches

acechaban los corrales. El día que Encarnación deletreó la carta delante de su esposo, en la cartera sólo quedaban unas cuantas monedas. Unas semanas después, cuando la ilusión de colonizar se les metió en el pecho como una puñalada, empacaron unos trastos y se fueron a Urabá sin volver la vista atrás.

Un día de camino separaba a las Oliveros en las vecindades de Cabeceras de Mulatos. Con los años Elena e Isaac construyeron una casa de madera fina, fresca en verano y caliente en invierno, y Encarnación y José un caserón de tapias y pisos de tablilla. Cada mes, como era costumbre veredal, acudían a la escuela donde le daban gracias a Dios por las dichas concedidas, decidían en comunidad si limpiaban un camino o construían un consultorio para el médico rural, aplaudían matrimonios y daban la bienvenida a los nuevos vecinos. Y así, entre cosechas y recién nacidos, transcurrió una década de tanta felicidad, que ni siquiera los años atroces que la siguieron, pudieron borrar el recuerdo de esa dicha.

La inesperada visita del Cabo Riaño, cambió para siempre la vida de Elena Oliveros. Una tarde de

1983 cuando la familia - Isaac, Elena, las dos niñas y el único varón - se preparaban para huir por el miedo a ser detenidos, el militar los sorprendió con algunos corotos arrumados en el patio de la casa. Llegó acompañado por dos vecinos desaparecidos desde el día anterior y gentilmente les llevó a prometer que no dejarían la tierra. Según las palabras de Riaño los malos días pasarían pronto y una vez restablecida la normalidad, la vida a orillas del Mulatos sería como siempre. Antes de marcharse, el militar ayudó a acomodar las ollas en sus puestos y pidió un poco de veterinaria, un líquido morado que corta las infecciones y sana las llagas del ganado.

Unas horas después, Elena Oliveros contempló horrorizada las manos teñidas de morado de diez campesinos masacrados en el molino. Todos los de cabeceras de Mulatos asistieron al velorio colectivo de la primera masacre que tiñó de sangre su tierra. Cinco años atrás, el asesinato de dos jóvenes que regresaban del pueblo y de cuatro que fueron sacados de sus casas en el transcurso de varias semanas, produjo el desplazamiento de las primeras familias y la indignación de la comunidad. Pero la noticia de que en la estancia, donde casi todos se surtían de miel, el ejército tenía atados de pies y manos a diez campesinos, los llenó de pánico. Muchas familias alcanzaron a coger el camino y a refugiarse por unos días en San José, pero las Oliveros no alcanzaron a largarse. Se quedaron para padecer ese dolor y muchos otros que las visitaron desde entonces.

Cuando el terror llegó con toda su intensidad a las verdes tierras del Mulatos, la guerra por el control de Urabá era total. Cada actor político ponía en el escenario a un ejército dispuesto a arrasar con los contrarios: fuerza pública,

guerrillas de diverso origen, y narcotraficantes se trenzaban en una lucha por la tierra y el capital que extendió su crudeza a todos los rincones. La Serranía de Abibe, ocupada por los colonos pobres de Peque, era desde años atrás el centro de operaciones de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia en su intento por penetrar a Urabá. Cuando el Ejército decidió conquistar la Serranía llegó el dolor. La muerte de los diez campesinos fue la señal inequívoca de que una guerra soterrada, inaparente, comenzaba.

De las dos hermanas, Elena sufrió primero por la guerra. Ya Imelda, su vecina más querida, había abandonado su finca y en ella a sus perros, sus gallinas y su lora, cuando la tragedia la visitó en su propia casa. Sobre la tierra del patiecito delantero tres hombres descargaron a su marido muerto. Tres veces se libraron de presenciar la llegada del Ejército, pero la cuarta fue imposible. La tropa llegó al amanecer, después de una noche de lluvia, cuando la razón de que el Ejército avanzaba no había llegado a esas lejanías. José, con el morral de un soldado a la espalda, se perdió monte adentro como uno más en la fila india de soldados. Dos días después, tres hombres descubrieron su cadáver, lo cargaron sobre los hombros y lo pusieron a los pies de su mujer.

Cuando la oscuridad de la noche cesó, los hijos varones levantaron la camilla de guadas donde yacía el cuerpo de su padre y emprendieron las doce horas de camino que los separaba de San José, donde habrían de darle cristiana sepultura. Esa misma tarde, mientras contemplaba el paisaje donde había sido feliz, Encarnación decidió partir completamente sola. Los hijos no querían abandonar la tierra sobre la que su padre se arrodilló durante tantos años. Apenas

regresaron los encargados del difunto, Encarnación les dijo adiós desde una mula colorada. Cogió rumbo a Apartadó y desde allí viajó a Medellín donde uno de sus cuñados la esperaba. Ocho años después, cuando la guerra se alimentó con la sangre de su sobrino, volvió a ver el rostro desencajado de su hermana. La recibió en la puerta de su rancho en una de las laderas del Valle del Aburrá, con un abrazo quiebrahuesos, como aprendió -a fuerza de recibir vecinos adoloridos - que deben ser los abrazos en esos trances de la vida.

Con Elena llegaron Isaac, a quien el peso de los años le venció la espalda, las dos mujeres, sus esposos y cinco nietos. Sólo faltaba el único varón y fue por su ausencia que la familia entera se trasladó. Para protegerlo dejaron la finca en las entrañas del Mulatos y se instalaron en una casa de la única manzana de San José de Apartadó. Cuando a la guerra entre militares y guerrilleros se sumó otro ejército, conocido entre los campesinos como *mochacabezas*, Elena pensó que su hijo corría más peligro que cualquier otro de su familia. Meses después de haber trasladado a su hijo para San José, cuando un grupo armado quemó su casa y su cultivo, comprendió que sobre todos pesaba la misma sentencia de muerte.

Como decenas de familias de las vegas del río Mulatos, ellos también salieron cuando aceptaron, después de veinte años de resistencia, que eran ellos los vencidos. En las cabeceras del río dejaron las ruinas de la fabulosa casa de madera que treinta y seis años atrás levantaron en esas montañas de eternos silencios. En cenizas quedaron los muebles, las hamacas, la deslucida batería de cocina y un transistor recién reparado; y en libertad diez vacas y tres caballos que Elena vio

perderse en la distancia cuando emprendió el viaje sin regreso.

Sólo cuando se instaló en la nueva casa, Elena comprendió que la guerra tampoco daba tregua en ese pequeño pueblo. El cerco paramilitar se estrechaba sobre San José y cada día más campesinos acorralados llegaban a la polvorienta calle del pueblo. Y ella y sus hijos eran sólo nuevas presas de esa cacería. Entonces se echó a llorar aun antes de que mataran a su hijo. Lo lloró desde tres meses antes de su muerte. En abril de 1997, cuando el muchacho de veinte años viajaba entre Apartadó y San José, minutos después de pasar un retén militar, fue fusilado por un grupo de paramilitares en la entrada del

pueblo. Allá lo vio Elena con la tierra pegada de los labios.

Sentadas sobre el banco de madera, con los pies posados sobre la tierra desnuda, las Oliveros hablan y lloran mientras que los Oliveros restantes esquivan el frío de la tarde frente al televisor de volumen intermitente. Los primeros en llegar, después de Encarnación, fueron su hijo Ernesto con Eloida, su esposa, y Ferney, su niño. "Nos vinimos porque nos quemaron la casa", fue la única explicación. Dos años después aparecieron, por el camino pantanoso que lleva de Manrique al barrio de la colina, Raúl y sus dos hijos. Su esposa decidió quedarse en su casa materna después de la muerte de tres de sus hermanos. En 1995

llegó Iván con sus dos hijos de brazos porque alguien le quemó la casita de tapias. Hace un año Javier, el menor de la familia, se unió al rebaño. Y en abril pasado, días después de la llegada de Elena, aparecieron Doralba y sus diez hijos como sobrevivientes de un naufragio.

PATRICIA NIETO es periodista egresada de la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia. Durante varios años fue redactora del periódico *El Mundo* y de la revista *La Hoja de Medellín*. También es egresada de la Maestría en Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia, programa en el cual realizó una investigación sobre los desplazados por la violencia en la zona de Urabá.

